

ENCUENTROS EN VERINES 2003

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

YO TAMBIÉN ESCRIBO (Y EVOLUCIONO)

Fina Casalderrey

Yo también vendo parcelas de diferentes planetas del sistema solar lo mismo que ese tal Dennis Hope de Nevada. Hace veinte años que se dedica a ello y ya ha vendido unas cuantas hectáreas desde su empresa *Lunar Embassy* a actores muy reconocidos e incluso a algún presidente de los EE.UU. a quienes sedujo.

Otras veces intento comprar estrellas, de esas que hizo tuyas, antes de que a mí se me ocurriera la idea, el *Hombre de Negocios*, aquel que encontrara *El Principito* en el cuarto planeta.

Y en ocasiones sueño con hallar algo semejante, extraordinario; algo que no tenga dueño todavía porque a nadie se le haya ocurrido antes. Y tener compradores a los que hacer sufrir deliciosamente: que tengan prisa por saborearlo y al mismo tiempo — como hacía yo con el chocolate— que deseen hacerlo rendir eternamente. Algo que caliente por dentro como una taza de caldo en invierno, que refresque como la brisa que trae la luna hasta mi ventana después de una noche de amor. Algo que deje un poso en el alma y en el cuerpo, que genere la misma sensación que me produjo el mar cuando, cosido al cielo y a la tierra, se me acercó por primera vez y, mientras lamía mis pies, me trajo el canto cálido y persuasivo de las sirenas nórdicas que regresaban de las islas Afortunadas cabalgando a lomos del Leviatán. Algo que, una vez que lo has visto, se queda en tus ojos para siempre y tú te preguntas ¿qué habrá más allá? Algo muy bueno desde el **punto de vista literario**.

Hoy se trata de eso, de extraer exclusivamente la esencia de la LIJ, separándola de ferias, mercadotecnia, estadísticas, premios, invisibilidad, soporte, ediciones... Me alegré, me pareció que el tema escogido era muestra de que la LIJ se normaliza; pero así, después de eliminar los accesorios, me quedé como con la sal del mar en la mano, reconociéndola imprescindible para la cocina, mas sin saber qué plato elaborar con ella.

¿Cuáles son los valores que justifican un texto como creación literaria? ¿Quién los dicta? ¿Es la LIJ una planta de reciclaje del lenguaje? ¿Ha de contribuir la LIJ a una concepción ingenua de la existencia donde se complacen todos los sueños? ¿Todo

escrito que distrae y produce goce es literatura? ¿La epidemia de sedentarismo y comida rápida afecta también a la LIJ? ¿Existen límites en la temática y tratamiento? ¿Escribimos al dictado del mercado? ¿Cuál es el canon estético de un niño de hoy? ¿Son diferentes los criterios estéticos de la LIJ que la de adultos? ¿Hay literatura falsa y verdadera?

Mi problema no es tanto de curiosidad como de capacidad para encontrar respuestas a las cuestiones menos obvias. Las percibo como un código ético, escritas en mi conciencia pero difíciles de expresar. No sé si el punto de vista literario es ese con el que leemos los libros de los otros después de haber empezado a publicar.

Creo que la literatura es un sentimiento, y *contenido* y *forma* van como un todo indisoluble en la mente de quien lee y de quien escribe. Si leer es un viaje a otros mundos... como se dice, escribir no lo es menos. Yo no soy capaz de entender que exista el arte sin receptor, no creo en el narcisismo puro de la creación literaria: ¡qué bien me ha salido, al cajón! Ni quiero ser una adelantada a mi tiempo si ello ha de significar que ahora no me entiende nadie. Un paisaje es hermoso en la medida en que haya ojos dispuestos a disfrutarlo: me gusta, te gusta, le gusta... luego es bonito y no al revés. ¡Es tan subjetiva la interpretación del arte! Yo necesito un receptor, al menos uno. Quizás el arte literario esté en el alcance estético del tema elegido y del tratamiento dado, haciendo a las cosas de siempre bellas y nuevas fotografías.

No sé si los objetivos de la LIJ están en que cumplan sus sueños o en hacerles soñar, en que olviden el sufrimiento o en remover su conciencia; o si esa sal, esa esencia, ha de ser la misma para niños que para adultos... sólo sé, por experiencia, que aunque los adultos adoptamos beber los libros como las gallinas mientras los niños lo hacen como los gatos, el agua debe ser potable en ambos casos. Quizás hayamos de imitar al Colibrí, saber volar hacia atrás y mover muy rápido las alas mientras bebemos el néctar de una flor en el aire.

MI PERRAUL PARTICULAR

Aunque intentemos generalizar, lectura y escritura —igual que el amor— son experiencias particulares. Yo también tuve mi taller literario en ese lugar de retorno que es la infancia en el que “las pequeñas cosas son los capitanes de nuestras vidas” (Van Gogh).

Quizás porque he crecido al aire libre, con árboles a los que subirme, con zarzas que, cuando tenía que ir a la fuente al anochecer, se convertían en viejas terribles, con animales a los que veía parir... la naturaleza fue mi escuela de lo fantástico. Sabía que si quería sentir las cosquillas, el sabor agradable de las fresas silvestres, tendría que juntar varias (En una pajita las iba metiendo hasta tener suficientes para llenar la boca).

Mi memoria literaria se remonta a pasajes bíblicos, velatorios, historias de la *Santa Compañía*, a ejercer de intérprete entre las cartas que recibía y enviaba la señora Aurora... En el país de mis sueños, los diablos y los duendes tenían más relación con lobos y zorros, con los que desayunaba los domingos al lado de mi padre, que con Barbas Azules.

Mi padre nada había estudiado en relación con las claves básicas sobre *la percepción, motivación y desarrollo de la personalidad en los niveles evolutivos de la infancia*, ni de tropos, ni de géneros... pero me adoraba y a mí me encantaban sus historias. Huía del *facilismo* —sabía que no tenía que explicármelo todo— y probablemente muchos de esos cuentos, que todavía habitan en mí, fueran políticamente incorrectos. Él sabía, sin haber leído a Proust, captar sensaciones tan fugaces como el sabor de una lágrima, eternizando el momento o agrandándolo.

Recuerdo una historia en la que aparecía un cuchillo enorme, “ni siquiera hubiera cabido por mi ventana o por la puerta de mi casa”. Yo no me quedaba con el miedo de que apareciese el asesino, ni con la tentación de imitarlo, ni con que alguien, en la noche, vaciase sobre mi cabeza, el contenido del orinal. Después de haberme asustado, sorprendido y hasta escandalizado, tan sólo tenía necesidad de reírme a carcajadas. El humor y las hipérbolos suavizaban el drama. No tengo la sensación de que aquellas historias me traumatizasen en absoluto; las percibía como mi reducto de libertad, pues entre las emociones posibles no estaba la de aprovechar el tiempo. Me infundía más miedo cierto adoctrinamiento religioso, algunas cosas de la escuela y el pescado cocido.

Hoy valoro el contenido secreto de muchas de ellas, aunque no haya llegado a especializarme en *caperucitología* como Luís Bernardo Yepes Osorio (CLIJ nº 144) o Elsa Borneman, quien en una supuesta carta a Caperucita la pone verde por boba.

“Niña del cuento, te pido ayuda;
no me abandones con esta duda:
¿Andabas tan encaperuzada
que —a causa de eso— no veías nada?

¿Cómo es posible Caperucita
que confundieras a tu abuelita?
¿Tal vez tenía cara de loba?
¿Era taaan rara? (¿O tú eras boba?)”

Ni me he detenido a estudiar *La Bella Durmiente del bosque* hasta hacer de él un ensayo sobre la luz y las tinieblas, las torres de marfil, la violación del bosque, los símbolos de iniciación, la biología y la espiritualidad, los números fatídicos, los dragones y los guardianes del tesoro, los sueños y la vida latente, el destino, la religión del árbol, la selva de la catedral... como hizo René-Lucien Rousseau en *La otra cara de los cuentos*. Algunas de sus conclusiones llegan a parecerme exageradas, como aquella en la que, partiendo de la moraleja de *Los dos gallos* de la Fontaine, asegura que el autor había previsto la segunda Guerra Mundial:

“En su pérdida trabaja el vencedor insolente.

De la suerte desconfiemos; guárdese uno de si mismo tras ganar una batalla...”
(VII-13).

Según René incluso había profetizado las negociaciones con Munich en la fábula *La perra y su compañera*:

“Siempre hay que lamentar lo que se da a un malvado. Para recobrar de él lo que se ha prestado no hay más remedio que acabar a golpes”.

Dice, incluso, que los cuentos de hadas son la anticipación de la ciencia moderna por haber eliminado barreras entre el mundo vegetal, animal y humano.

En fin, creo que yo, inconscientemente, tan sólo me quedaba con la sal, con lo que tenían de literario, cuando me gustaba lo que me contaban y cómo me lo contaban. Quizás lo más importante de las historias son los sentimientos que estas provocan.

PÓCIMAS MÁGICAS

Yo no poseo una fórmula mágica, no dispongo de unos criterios infalibles que orienten y garanticen mi producción literaria futura. No puedo medir con plantilla el valor estético de un texto. Pero sé que entre las estrategias que he de utilizar no debe estar nunca la de renunciar a mi mirada sobre el mundo.

De uno de mis primeros libros, *Dúas bágoas por Máquina*, la revista LEER recogía una crítica que cito textual: “Inteligente técnica literaria de montaje la empleada

por la autora en *flash back*'. Yo no había montado nada, escribía al dictado de mi propia imaginación, de los recuerdos fermentados; también en ellos se rompe la linealidad del tiempo. Es posible que para dar forma a aquella historia me haya valido la experiencia de haber hecho un vestido a una joven, supliendo la falta de nociones previas de corte y confección por una intuición que brotaba de las ganas de hacerlo. Hoy sé que terminaría antes y quedaría mejor pasando unos hilos flojos para marcar las partes simétricas y que hay una técnica para cortar las mangas.

Tal vez tenga razón Lobo Antunes cuando asegura que “el escritor no inventa nada, sólo roba” y todos nos nutramos de la vida aunque cada cual tenga su particular metabolismo.

Dice Griselda Navas (*Introducción a la Literatura Infantil: Fundamentación Teórico-Crítica (I)*) que no existe entorno exterior a la obra misma, yo insisto en que sí, existen tantos como personas que se adentran en ella. “Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”. Supongo que el guatemalteco Augusto Monterroso quiso ser sugerente, pero ¿qué es esa frase sin la experiencia del lector?

Un texto literario precisa de ese lector empírico, ese sujeto de carne y hueso que lee. Aunque haya en el texto algo que prevalece, una autonomía que le permita crear un entorno propio, sus palabras han de ser como esas gafas que te permiten ver una película en tres dimensiones (siendo vidente, claro).

Un libro para niños es bueno cuando yo misma siento sincero placer al leerlo. Y si es cierto que la elección de un determinado patrimonio léxico selecciona una audiencia, no lo es menos que el texto, con su fuerza, ayuda a construirla. Puede que a un niño no se le ocurra utilizar ni por escrito “La noche batió sus alas negras contra mi ventana”, pero tiene capacidad para interpretarla.

EL PAÍS DE NUNCA ACABAR

En mi trayecto creativo sigo descubriendo cosas. No puedo ser fiel a lo primero que hice si quiero ser fiel a mi misma; yo también evoluciono y sé que, en la medida en que lo haga, podré contribuir aunque sea un poquito a la evolución de la LIJ

Quise comparar una historia propia, escrita hace mucho tiempo, con otra versión publicada recientemente. La mayoría de los cambios tienen más que ver con mi madurez literaria y la adaptabilidad a la evolución del niño que con la trama o el desenlace.

En la segunda versión autora y narradora se divorcian, ya no empieza “Esto que os quiero contar...”, simplemente, se cuenta. El didactismo intermedio y la moraleja final tan explícita se convirtieron en guiños más imaginativos. Y aunque se dice que tendemos a acortar el lenguaje, rendidos ante la realidad virtual evocada con tanta rapidez, esta versión es más larga y a mí me parece mejor, más literaria. Hay en esta más ironía, mayor discrepancia entre lo que se dice y lo que se da a entender, más humor para hablar de cosas serias, más exigente en cuanto a la estética, menos inocente de lo que aparenta...

También el perfil del lector ha cambiado, convive con la TV, Internet (se dice, yo dudo, que allí está ahora la literatura oral), sus padres trabajan fuera, y se diluye ese autoritarismo de otros tiempos... Sabemos que el niño no es un territorio virgen. Esto no significa que no podamos crear un personaje tan inocente que le arranque sonrisas maliciosas.

La variedad de registros y temas es grande, hay un eclecticismo en los géneros, más ambientes urbanos, más problemática psicológica, más fe en lo autóctono, la sensibilidad estética se vuelve más exigente, los personajes son más complejos, vigorosos y emancipados, ya no son modélicos, el tratamiento de los temas menos admonitorio... De las situaciones sin salida a veces no se sale aunque siga habiendo hadas (algunas tecnológicas). Las buenas acciones no siempre tienen su recompensa, el niño no es tonto y percibe la injusticia (el arado hiere la tierra, pero la fertiliza).

Se dan, sin embargo, ciertas constantes comunes a todos los tiempos que hacen que sigan gustando cuentos de siempre, que sigan soñando con tesoros ocultos, con paraísos imaginarios, con monstruos malvados... Que una puerta se abra por medio de una célula fotoeléctrica no impide que una montaña lo haga con un ¡Ábrete, Sésamo! A mí me sigue gustando Madame Bovary aunque hoy existan taxis, teléfonos y aviones para dar los recados con mayor rapidez.

No creo que haya una única línea de evolución. Tampoco sería sano comer lo mismo todos los días. Ni nosotros como autores ni los niños somos entes estáticos y homogéneos sino que caminamos a la par de las influencias y exigencias de nuestro tiempo y la LIJ también es sensible a estos cambios.

Recuerdo la tremenda preocupación que arrojaron los datos de una encuesta hecha por el Ministerio de Educación y Ciencia a escolares menores de diez años, por haber escogido muchos de ellos la opción del coche, como medio de transporte para acceder a una isla. ¡Pero si yo misma he ido a más islas en coche que en barco! (La

Toja, Arousa en la costa gallega; Ré, Oléron en la costa occidental de Francia). La evolución de la LIJ va pareja con la evolución global de la sociedad de la que somos miembros. Ya no tenemos tanto miedo a las serpientes porque nos son más familiares... sin que eso signifique que hayamos perdido la capacidad de sorprendernos.

Estoy con M. V. Montalbán cuando dice “puede que lo que ya se ha hecho sea irrepetible, pero lo que queda es todavía imprevisible”. Es la continua búsqueda la que nos hace evolucionar. Yo, como al mar, nunca he visto las alas de la Literatura al completo.

JARDÍN Y HUERTO

No me gustaría que la LIJ terminase pareciéndose a esas casas *domóticas* del futuro en las que, apretando un botón, aparece todo hecho. Artista es quien ejerce la libertad de ensanchar sus límites de expresión, explorando..., emulando a la esposa de Barba Azul, arriesgándonos a abrir puertas prohibidas. Las puertas pequeñas dan paso a grandes habitaciones, como aseguraba el protagonista de *Huracán Carter*. No, no está todo dicho ni aunque yo no sepa decir más; al fin todos somos un poco narcisistas y predicamos según nuestros intereses y capacidades aún reconociendo que pueden convivir varias verdades (“Una verdad: la poesía, porque lo dijo Pimentel. Una mentira: la poesía, porque lo dijo Pessoa” X. Luís Méndez Ferrín).

Más que conservadores o liberales, deberíamos conservar la libertad.

La LIJ se parece a eso que Cunqueiro ponía en boca de *Aristón de Chíos* en *Fábulas y leyendas de la mar*, tiene mucha semejanza con aquel comedor de cangrejos que, para llevar un poco de carne a la boca ha de hacer un montón de cáscaras. Intuyo que la buena Literatura, la de verdad, ha de ser como en Al-Andalus, jardín y huerto a la vez.

Ya ven, más que analizar la LIJ, me gusta sentirla, quizás por eso yo... yo también escribo.